

Poemas de e. e. cummings

1

ARRIBA al silencio el verde
 silencio con una tierra blanca dentro
 tú te (bésame) irás
 afuera a la mañana la joven
 mañana con un tibio día dentro
 (bésame) tú te irás
 allá al sol el hermoso
 sol con un firme día dentro
 tú te irás (bésame
 abajo en tu memoria y
 una memoria y memoria
 yo) bésame (me iré).

2

APESAR de todo
 lo que respira y se mueve, pues el Destino
 (con blancas y larguísimas manos
 lavando cada pliegue)
 ha de borrar del todo nuestra memoria
 —antes de abandonar mi cuarto
 me vuelvo y (parado
 en mitad de la mañana) beso
 esa almohada, amor mío,
 donde nuestras cabezas vivieron y fueron.

3

AMAR es más espeso que olvidar
 más tenue que recordar
 más raro que una ola mojada
 más frecuente que caer
 es más loco y lunar
 y menos no será

que todo el mar que sólo
 es más profundo que el mar

Amor es menos siempre que ganar
 menos nunca que vivo
 menos grande que el comienzo más leve
 menos pequeño que perdonar

es más solar y soleado
 y más no puede morir
 que todo el cielo que sólo
 es más alto que el cielo

4

ESOS NIÑOS que cantan en piedra
 un silencio de piedra esos
 pequeños rodando entre flores
 de piedra abriéndose para
 siempre esos niños silencio
 samente pequeños son pétalos
 su canción es una flora para
 siempre sus flores

de piedra cantan
 silenciosamente una canción
 más silenciosa
 que el silencio esos siempre
 niños para siempre
 cantan con guirnaldas de cantantes
 flores niños de
 piedra de florecidos

ojos
 saben que un
 pequeño
 árbol escucha

para siempre a los siempre niños
 cantando para siempre
 una canción hecha
 de silencio como el silencio de
 piedra del canto.

5

HOMBRE NO, si los hombres son dioses; mas si los dioses
 han de ser hombres, el único hombre, a veces, es éste
 (el más común, porque toda pena es su pena;
 y es más extraño: su gozo es más que alegría)

un demonio, si los demonios dicen la verdad; si los ángeles
 en su propia generosamente luz total se incendian,
 un ángel; o (daría todos los mundos
 antes que ser infiel a su destino infinito)
 un cobarde, payaso, traidor, idiota, soñador, bruto:

tal fue y será y es el poeta,
 aquel que toma el pulso al horror por defender
 con el pecho la arquitectura de un rayo de sol
 y por guardar el latido del monte entre sus manos
 selvas eternas con su desdicha esculpe.

6

tánto ser diverso (tantos dioses y demonios
 éste más ávido que aquél) es un hombre
 (tan fácilmente uno se esconde en otro;
 y, no obstante, cada uno, siendo todos, no escapa de ninguno)

tumulto tan vasto es el deseo más simple:
 tan despiadada mortandad la esperanza
 más inocente (tan profundo el espíritu del cuerpo
 tan lúcido eso que la vigilia llama sueño)

tan solitario y tan nunca el hombre solo
 (su más breve latido dura un año terrestre
 sus más largos años el latido de un sol;
 su más leve quietud lo lleva hasta la estrella más joven)

—¿Cómo podría ese tanto que se llama a sí mismo Yo
 atreverse a comprender su innumerable Quien?

Tres poemas de Tomás Segovia

VIVIDO

EL DÍA consumido
se apaga y se aligera.

Cargado de invisibles huellas
el cielo fatigado duerme.

En la penumbra tibia
me refresco los ojos
y con hielo lunar mitigo
la larga quemadura
de la hermosura.

La noche se lo guarda todo;
en su seno me lleva
como en el hueco de la mano un pájaro.

Y del sol guardo aún rastros de fiebre.

Un día más
he estado vivo...

JUEZ

DISPENSADOR de la inquietud,
pálido juez que eres yo mismo
pero frío lo niegas
y me avergüenzas
y no te puedo huir,

— no me mires con esos ojos.

(Severo, en las nocturnas horas
más agrias y desfallecientes,
flotas fijo donde yo mire,
me observas con mis ojos pero exánimes
y nada me preguntas
mas tu mudez interminable
las respuestas que formo perseguido
hiela y deshace una tras otra...)

Inquisidor impotente, descansa;
no me envenenes más el alma
con este tósigo de sinsentido
que me pudre la vida,

—y esos ojos,
esos paralizantes ojos
ciérralos, no hay con qué me cubra.

PURIFICADO

EN LA NOCHE aquietante,
sombrió oasis de los tórridos
arenales del día, largamente,
me he sumergido
y he disuelto la sal de la tristeza
y me he purificado
el corazón mordido de impacencias.

Con los miembros ligeros
lavados por la sombra
salgo al paso del tiempo libremente.
Ahora ya no tengo retención
ni designios, ni errante
gimo desposeído.

En la profundidad crecida de la noche,
fiel cada cosa a su sitio asignado,
nada conoce ni el pudor
ni la piedad ni las incitaciones.

Y toda su hermosura desbordante
ahora abandonada entre murmullos
y oscuros zumos dulces,

si con asentimiento le sonrío
como mía me expresa.

Dos poemas de G. Ungaretti

MEMORIA DE OFELIA D'ALDA

POR VOSOTROS, antes de tiempo
meditabundos, demasiado pronto
toda la lumbre vana fue bebida,
bellos ojos ahitos en los cerados párpados
ahora ya sin peso,
y en vosotros eternas
las cosas que entre dudas prematuras
seguisteis, abrasándoos su mudanza,
buscan la paz
y en breve al fondo de vuestro silencio
quedarán quietas,
cosas consumadas:
signos eternos, nombres,
evocaciones puras...

1914-1915

TE VI, oh Alejandría,
frágil sobre tus bases espectrales
hacéteme recuerdo
en un abrazo suspenso de luz

Poco hacía qué huiste y no eché menos
el alga que tu mar blando vomita,
que a los sexos infunde manías infernales,
ni el infinito y sordo plenilunio
de las áridas tardes que te asedian,
ni, entre perros aullantes,
bajo una oscura tienda
largos sueños y amores sobre alfombras.

No te perdí porque soy de otra sangre,
pero en aquella soledad de nave
más que solía volvió melancólico
el desencanto de que tú, extranjera,
seas mi ciudad natal.

Qué extraña, Italia, en aquel tiempo eras,
y una noche te juzgué más ciega
que las pasadas jornadas cegantes.

Mas la duda, ebrio color de perla,
como sucede en horas de tormenta
surgió lenta en los límites,
y apenas empezó a serpentear
cuando ya aurora soplabla en la brasa.

Hablaste finalmente, clara Italia,
al hijo de emigrantes.

Veía por primera vez los montes
usuales a los ojos y a los sueños
de todos sus difuntos;
oía enjambres de fervientes voces
en las gargantas de granito;
le descubrí tu noche boscosa;
bullir de púdicas aguas se hacían
espejos de altivos orígenes;
nieve veía por primera vez,
en los últimos vástagos ya cortantes
que la luz de las cúspides orlaban
y que ligaban sus amplios discursos
entre vides, cipreses, los olivos,
los humos de las chozas esparcidas,
por la calma sembrada de los campos
arriba, a los horizontes de océanos
adormecidos en pescadores de velas
abiertas, listas en un grácil seno.

Toda edad tuya despertabas en mi sangre.
Me apareciste humana, tenaz, libre
y en esta tierra el vivir más hermoso.

Con la gracia fatal de los milenios
volviendo a hablar a todos los sentidos,
patria fructífera, renacías valiente,
digna de que por ti de amor se muera.

Traducción de Tomás Segovia